

No-cosas.

Quiebras del mundo de hoy

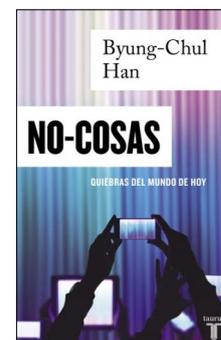
Byung-Chul Han

Taurus

Barcelona, 2021

139 pp.

ISBN: 978-84-306-2434-8



Byung Chul Han (1959, Seúl), aclamado *vox populi* como el *rockstar* de la filosofía, es uno de los críticos de la sociedad contemporánea que mayor impacto ha logrado sobre la esfera *mainstream*. Su estilo de escritura sintético e incisivo renace cada año con la publicación de un breve ensayo sobre las fallas de nuestra cultura digitalizada. El hilo conductor de sus ideas parte de una crítica a las dinámicas del capitalismo tecnológico: fenómenos como el *selfie* y su invitación al narcisismo, el imperativo de la autenticidad como forma de autoexplotación o el carácter pornográfico de la cultura de la hipertransparencia. Actualmente profesor en la Universidad de las Artes de Berlín, Han es consciente de la necesidad conectar con la velocidad propia de infoesfera, donde “la excitación, los afectos y las emociones dominan la comunicación” (p. 19). La lenta decantación de la verdad, las promesas o la responsabilidad son prácticas abocadas a la extinción cuando todo nuestro tejido social enferma bajo la rúbrica de la velocidad. De tal forma, su meditación filosófica conforma una única *grand oeuvre* sedimentada en breves fascículos hilvanados por un mismo tema: el *ethos* de la sociedad contemporánea.

Con su última publicación de *No-cosas* (Taurus, 2021), el autor nos presenta la temática de la desaparición de los objetos físicos: “Vivimos en una sociedad de la experiencia y la comunicación, que prefiere el ser al tener” (p. 25), continúa, “en la

actualidad no queremos atarnos a las cosas ni a las personas. Los *vínculos* son inoportunos. Restan posibilidades a la experiencia, es decir, a la *libertad en el sentido consumista*” (p. 26). Los objetos se hallan cargados de una negatividad entendida como resistencia o rebeldía a ser transformados por la acción humana: la roca se resiste a ser tallada, mientras que el calor abandona la habitación cuando se apaga la última brasa encendida. Por el contrario, la digitalización desposee a los objetos de la resistencia que les es inherente, disuelve su facticidad (en el sentido heideggeriano) para facilitar el *acceso* ilimitado a la información. El *dato*, dado que permite el funcionamiento recursivo de los algoritmos que impregnan toda la realidad social, se torna la nueva mercancía económica central.

De esto deducimos que el capitalismo de la información no es un sistema opresivo –como imaginó George Orwell en 1984–, por el contrario, se asemeja mucho más al *mundo feliz* que esbozó Aldous Huxley. Controlada por la red de vigilancia *big data*, la vida asemejada al juego se integra en un sistema permisivo “que explota la libertad” y favorece la expresión ilimitada (que degenera en *ruido*), donde “la dominación se consume en el momento en que concuerda con la libertad” (p. 40).

Además de continuas referencias a Heidegger y su conceptualización del *Ser*, la cultura y la técnica, en la obra de Han

resuena el tono crítico de autores como Lipovetsky, Derrida o Baudrillard; así como reminiscencias de la filosofía *zen* y la Escuela de Frankfurt. Aplicado a las fallas de la cultura digitalizada, este tipo de crítica –no exenta de un escepticismo ciertamente necesario– suscita un magnetismo estético-filosófico propio de la postura intelectual apocalíptica. El uso deliberado de conceptos como el de “control”, “vigilancia” o “esclavitud voluntaria” presionan botones emocionales que suscitan en el lector un profundo miedo y la sensación pérdida: la desaparición del pensamiento crítico, la degradación de los vínculos afectivos, la deshumanización de la comunicación a través de las redes sociales o el fin del “aura” que caracteriza a los objetos físico son algunas ideas que confieren a la obra de este autor surcoreano una fuerte pujanza emocional –cualidad que, innegablemente, funciona a nivel comercial–. Leer a Han suscita sensaciones muy parecidas a la de leer una novela distópica, sólo que, en este caso, los fenómenos descritos no pertenecen a la ficción.

En esta línea, resulta muy elocuente el primer capítulo “De la cosa a la no-cosa”, que nos describe cómo la extinción del trabajo físico y de la manipulación de los objetos nos conduce a la desaparición de mano como órgano técnico. El paso del *Homo habilis* al *Homo ludens* sitúa al dedo –no la mano– como el nuevo órgano de la *elección*. A través de la pantalla digital, el jugador sustituye al trabajador; la *acción* y el trabajo –que inherentemente conllevan la superación de una *resistencia*– dejan paso a la libertad consumista. El fin de la acción nos acerca a la poshistoria, un futuro ludificado donde la realidad social, exenta de toda práctica crítica, se halla completamente asemejada al juego: dominamos el medio pulsando botones para escoger, sea en la esfera sentimental (*Tinder*) o en la profesional (*LinkedIn*).

El carácter perturbador de estas ideas radica, a mi modo de ver, en su irresolución por parte del autor. Tal como recuerda

Boaventura de Sousa Santos en su conferencia sobre *Epistemologías del Sur*, la tradición intelectual europea y la Teoría Crítica, de la que Han es altamente deudor, se caracteriza por realizar “preguntas fuertes y respuestas débiles”, en la que hallamos una “reacción fantasmal entre la teoría y la práctica”. Es en este sentido que *No-cosas* ofrece ideas muy disolutas sobre cómo revertir la deshumanización contemporánea: “Solo una reanimación del otro podría librarnos de la pobreza del mundo” (p. 72).

No obstante, el último capítulo del libro, titulado “Una digresión sobre la gramola”, ejemplifica un encuentro de Han con *el mundo de las cosas* a través de la adquisición de un viejo gramófono electrónico. La romantización de dicho objeto encarna la idea del *otro*, una presencia que nos supera y que, a su vez, nos sostiene frente al mundo. La “magia de la materia” (p. 118) nos conduce a des-cosificarla, a experimentarla en relación con lo que nosotros somos, pues ésta nos otorga su presencia: “La ecología debe ir precedida de una nueva *ontología de la materia* que la experimente como algo vivo” (p. 119).

Quizá no sea el papel de Byung-Chul Han ofrecer respuestas en este texto. Experto en buscar las tensiones y contradicciones que impregnan nuestra cotidianeidad, su escritura es capaz de sujetar un espejo ante nuestra tez y lograr horrorizarlos. El espanto, el rechazo, la duda, la náusea o la vergüenza son motores que pueden servirnos para comenzar a esbozar una filosofía *de respuestas*. Anidados entre la visión panóptica y apocalíptica de la sociedad de la vigilancia, y el utopismo tecnológico de *la Comunidad Virtual*, debemos comenzar a esbozar qué prácticas nos hacen humanos y que cuales nos tornan *Phono sapiens*.

Mateu Terrasa Rico
Universidad CEU San Pablo